

ciones; y por último, llegó el momento en que me ví recostado sobre mi lecho de muerte y en donde asistía á la última escena.

Esto es deciros que habia vuelto á la Tierra.

Atraida por la contemplacion que la absorvía, mi alma habia pronto olvidado la montaña de los ancianos y Capella. Como suele suceder en los sueños, volaba hácia el objeto de sus miradas. No me hice cargo de ella al principio por lo mucho que cautivaba todas mis facultades tan extraña vision. Me es imposible explicaros por qué ley ni por qué oculto poder las almas pueden transportarse tan rápidamente de un lugar á otro: pero la verdad es que *habia vuelto á la Tierra*, en ménos de un día, y que penetraba en mi cuarto en el momento mismo en que me amortajaban.

Puesto que en ese viaje de regreso iba por delante de los rayos luminosos, iba estrechando la distancia que me separaba de la Tierra, la luz tenia cada vez menor espacio que recorrer y estrechaba de este modo la sucesion de los acontecimientos. Á la mitad del camino, los rayos luminosos me llegaban con un retraso solamente de 36 años, por lo cual no me mostraban ya la Tierra de hacia 72 años, sino de 36 años. Á las tres cuartas partes del camino los aspectos no tenian

mas que diez y otro años de retraso. Á la mitad del último cuarto de camino, me llegaban solamente 9 años despues de haber sucido, y así sucesivamente; de suerte que la série entera de mi existencia se hallaba condensada en ménos de un día, á consecuencia de la vuelta rápida de mi alma yendo al encuentro de los rayos luminosos.

QUÆRENS. — Semejante combinacion no es el ménos extraño de los fenómenos!

LUMEN. — ¡No teneis otras objeciones que hacerme.

QUÆRENS. — Os confieso que la última me intrigaba tanto, que no se me ocurre ninguna otra duda.

LUMEN. — Debo haceros observar que todavía hay otra objecion, astronómica, de la que me voy á ocupar al instante para disipar cualquiera duda que podais aun tener. Esta depende del movimiento de la Tierra. No solamente el movimiento diurno del globo debió haberme impedido el concebir la sucesion de los hechos, sino que siendo su movimiento sumamente acelerado por la rapidez de mi regreso hácia la tierra, y habiendo trascurido 72 años en ménos de un día, me hice la reflexion que era sorprendente que no me aper-

cibiase de ello ; pero ya sea que siguiese yo mismo la rotacion del globo y que haya girado en el espacio manteniéndome constantemente encima de Francia, — lo que me parece imposible imaginar — sea que la repidez misma de los movimientos los hiciese imperceptibles y hubiese como aislado los objetos, ó ya sea por último que una causa por mí desconocida haya resuelto la dificultad, tuve que reconocer, porque era evidente, que habia exitido sin ningun trabajo á la sucesion rápida de los acontecimientos del siglo y de mi propia existencia.

QUÆRENS. — No se me habia ocultado esta dificultad, pero la habia resuelto suponiendo que habiais girado en el espacio del mismo modo que un globo se halla impelido por la rotacion de la Tierra. Verdad es que la inconcebible rapidez con que debisteis ser arrastrado es suficiente para producir el vértigo ; pero sin embargo, me limitaba á esta hipótesis reflexionando en vuestras palabras : que los espíritus recorren el espacio con la misma velocidad y ligereza que el pensamiento ; y al reflexionar que vuestra vista, así como vuestra proximidad inconsciente de la Tierra, eran debidas á la intensidad de vuestra atencion en el punto del globo en que os veiais, no es inadmisibile que

hayais permanecido constantemente encima de ese punto.

LUMEN. — Nada puedo afirmaros respecto á esto, pues no tenia conciencia de lo que me acontecia. No volví á presenciar todos los acontecimientos de mi vida, sino un corto número de los mas importantes, los cuales sucesivamente escalonados, me hicieron ver el conjunto de mi existencia, pudiendo presentarse todos bajo el mismo rayo visual. Todo lo que sé es que la indecible atencion que me encadenaba imperiosamente á la Tierra, era como una cadena que me hubiese arrastrado hácia ella, ó para servirme de otros términos como esa fuerza todavía misteriosa de la atraccion de los astros, en virtud de la cual, los mas pequeños caerian directamente sobre los mas importantes, si no estuviesen retenidos en sus órbitas por la fuerza centrífuga.

QUÆRENS. — Al reflexionar sobre ese efecto de la concentracion del pensamiento hácia un solo objeto y sobre la atracion real que experimenta enseguida hácia ese objeto, se me figura que ese es el resorte principal del mecanismo de los sueños.

LUMEN. — Teneis razon, amigo mio, y puedo

aseguraroslo, yo que durante largos años he hecho de los sueños el asunto especial de mis observaciones y de mis estudios. Cuando el alma, libre de las atenciones, de las preocupaciones y de las tendencias corporales, vé en sueños un objeto que le encanta y hácia el cual se siente atraída, todo desaparece en torno de ese objeto, el cual permanece solo y se convierte en el centro de un mundo de creaciones; el alma le posee enteramente y sin reserva, le contempla, se apodera de él y le hace suyo; el universo todo se borra de la memoria para dejar una dominacion absoluta al objeto de la contemplacion del alma, y como me sucedió en mi súbito regreso hácia la Tierra, no vé el alma mas que ese objeto, acompañado de las ideas y de las imágenes que engendra y que hace aparecer sucesivamente.

QUERENS. — Vuestro rápido viaje á Capella, así como vuestro regreso no ménos rápido á la Tierra, tenían pues por objeto esta ley psicológica, y obrásteis mas libremente aun que en sueños, porque vuestra alma no estaba ya sujeta por las trabas del organismo. Recuerdo efectivamente, que en nuestras anteriores conversaciones me hablasteis varias veces de la fuerza de la voluntad. Con que decis que habiais vuelto á vuestro lecho de muerte,

antes que vuestros restos mortales fuesen amortajados.

LUMEN. — Si, habia vuelto á él, y bendecía la honda pena de mi familia, calmaba el dolor sincero de vuestra buena amistad, me esforzaba en inspirar á mis hijos la certera de que aquella envoltura corporal ya no era yo, y que habitaba la esfera de los espíritus, el espacio celeste, infinito é inexplorado.

Asistia yo á mi entierro y reparaba en los que llamándose amigos míos, á causa de una ocupacion de escasa importancia, no se tomaron la molestia de acompañar mis restos á su última morada.

Escuché las conversaciones de los que seguian mi féretro, y aunque en esa region de paz no nos mostremos ya ávidos de alabanzas, me sentí dichoso, sin embargo, al reconocer que en todos los concurrentes quedaba un buen recuerdo de mi tránsito sobre la Tierra.

Cuando la losa sepulcral separó la tierra de los muertos de la tierra de los vivos, dí un último adios á mi pobre cuerpo adormecido, y como se ocultase el Sol en su lecho de púrpura con franjas de oro, permanecí en la atmósfera hasta la caída de la tarde, sumerjido en la admiracion de los magníficos espectáculos que se desarrollan en las regio-

nes aereas. La aurora boreal desplegaba sobre su polo su cinta plateada, lluvia de estrellas caía desde Casiopea, y el creciente se inclinaba hácia el oeste como la popa de un buque. Vi á Capella centellante que me miraba fijamente, y distinguí las coronas que la rodeaban, príncipes celestes de una divinidad. En aquel momento olvidé de nuevo la Tierra, la Luna, el sistema planetario, el Sol y los cometas, para entregarme por completo á la seducción de la encantadora mirada de Capella, sintiéndome arrastrado hácia ella por la acción de mi deseo con una rapidez mayor que la de las flechas eléctricas. Después de algun tiempo cuya duración me sería difícil calcular, llegué al mismo círculo y á la misma montaña en que habia estado la vispera y vi á los ancianos ocupados en seguir la historia de la Tierra con 71 años y 8 meses de retraso. Presenciaban los acontecimientos de la ciudad de Lyon el 23 de enero de 1793.

¿Quereis que os diga cuál era la causa misteriosa de la atracción de Capella para mí? ¡Oh maravilla! hay en la creación lazos invisibles que no se rompen como los lazos mortales; hay correspondencias íntimas que permanecen entre las almas á pesar de las separaciones de las distancias. En la noche de aquel segundo día, cuando la luna

se engastaba en el tercer círculo de oro (tal es la medida sideral del tiempo) me sorprendi á mi mismo paseando por una avenida solitaria cubierta de flores y perfumes. Caminaba pensativo hacia unos instantes, cuando ví que se dirigia hácia mi... mi hermosa y amada Eivlys. Tenia la edad madura de su muerte, y á pesar de su nuevo aspecto, se reconocian en ella los rasgos característicos de la expansión y de la bondad, que una vida toda de sentimiento habia impreso sobre su frente y fijado en su mirada. No me detendré en describiros la alegría que produjo nuestro encuentro. No es este momento oportuno, y tal vez algun día nos será dado discurrir largamente acerca de los afectos ultra-terrestres que suceden á los nuestros. Quiero solamente unir aquel encuentro al asunto de esta tesis, añadiendo que no tardamos en buscar juntos en el cielo la Tierra, nuestra patria adoptiva, en la que habiamos pasado tantos días de paz y de felicidad. Mucho nos gustaba en efecto volver nuestras miradas hácia aquel punto luminoso, en donde nuestra actual condicion nos permitía distinguir un mundo; nos complaciamos en enlazar el pasado de nuestros recuerdos con el presente que nos llegaba en alas de la luz; y en el éxtasis

en que nos sumergia aquella singularidad tan nueva para nosotros, buscábamos ardientemente que los acontecimientos de nuestra juventud se nos apareciesen de nuevo. Así es como volvimos á ver actualmente los años queridos de nuestros primeros amores, el pabellon del convento, el florido jardín; los paseos de los alrededores de Paris, y nuestras escursiones solitarias en las mañanas de primavera. Para volver á encontrar aquellos años nos bastaba avanzar juntos en el espacio, en la direccion de la Tierra, hasta las regiones en que aquellos sitios, reflejados por la luz, se hallaban fotografiados.

Os he revelado, amigo mio, la extraña observacion que os tenia prometida. Hé aquí que se anuncia la aurora, y la estrella de Lucifer palidece ya ante el alba sonrosada. Torno á las constelaciones...

QUÆRENS. — Una palabra mas, oh Lumen, ántes de terminar esta conversacion. Puesto que los aspectos terrestres no se transmiten sino sucesivamente en el espacio, deberia haber por lo tanto un presente perpetuo para los observadores escalonados en ese espacio, hasta un limite circunscrito solo por el poder de la vista espiritual.

LUMEN. — Si, amigo mio. Coloquemos, por

ejemplo, á un primer observador á la distancia de la Luna : percibirá los hechos terrestres un segundo y medio despues de que hayan acontecido. Coloquemos á un segundo observador á doble distancia : los hechos tendrian para él un retraso de tres segundos. Un tercer observador los verá cerca de 6 segundos despues de haberse verificado aquellos, y á una distancia doble del anterior, un cuarto observador los verá con un retraso de 11 segundos, y así sucesivamente. Á la distancia del Sol hay ya ocho minutos y trece segundos de retraso; en ciertos planetas hay dias enteros, y aun mas léjos, meses y hasta años. En Alpha del Centauro, no se vén las cosas terrestres sino tres años y ocho meses despues que dejan de existir. Hay estreitas tan distantes, que la luz no les llega sinó despues de varios siglos, y hasta de varios miles de años... Existen nebulosidades en donde no llega la luz sino despues de un viaje de varios millones de años...

QUÆRENS. — De suerte que para presenciar un acontecimiento histórico ó geológico de los tiempos pasados, les bastaria á esos observadores de vista privilegiada alejarse suficientemente. ¿No se podria del mismo modo volver á ver el diluvio, el Paraiso terrenal, Adan y...?

LUMEN. — Ya os he dicho, mi buen amigo, que la llegada del sol al emisferio, pone en fuga á los espíritus. Una segunda conversacion nos permitirá algun dia profundizar mas un asunto sobre el cual no he podido presentaros hoy mas que un bosquejo general, y que es fecundo en nuevos horizontes. Las estrellas me reclaman y han desaparecido ya. Adios, Quærens, adios.

NARRACION SEGUNDA